

## Prólogo

Hay un pasaje autobiográfico, prácticamente sólo insinuado, en este libro de Cristina Montoya, que infunde al ensayo el sabor de un testimonio, y a las palabras la concreción de la vida; haciéndolas tan directas como un puñetazo en el estómago, y tan reales como una herida. Un pasaje que devuelve a la investigación (precisa, documentada, clara en sus premisas, aguda en su análisis y consecuente en sus conclusiones) la necesaria conexión con la realidad.

“Si naciste en Colombia en la segunda mitad del siglo pasado, sabes lo que significa el miedo, el miedo vinculado precisamente a la protección de la vida, a la supervivencia. Puedes experimentar cosas que para muchas personas en el mundo serían inimaginables, como temblar si tienes que detenerte en un semáforo por la noche, o si suena el timbre de tu casa cuando no estás esperando a nadie, o si se te acerca algún desconocido”.

Quizá sólo quienes han medido en su propia piel las múltiples paradojas de nuestra sociedad puedan motivar de forma tan concreta la necesidad de un replanteamiento, una resignificación, de lo que entendemos por comunicación y sus funciones. Casi como si dijéramos que aquí estamos hablando de nosotros, de nuestras vidas, de nuestros miedos, de nuestro futuro: de la forma en que la propia comunicación puede generarlo.

¿Cómo combinamos la seguridad y la libertad, cómo mejoramos el mundo digital? ¿Cómo ser cautivadores sin convertirnos en malvados, cómo generar información que no degenera, cómo evitar ser cómplices de una falsa interpretación de la realidad? ¿Cómo se discierne lo que es verdad de lo que no lo es, la verdad de la posverdad, los acontecimientos de los pseudo-acontecimientos, los hechos de los factoides?

En palabras de la autora, ¿cómo se pasa de la in-comunicación a la comunicación? ¿Cómo nos alejamos del esquema binario, amigo/enemigo, nosotros/ellos? ¿Cómo pasar de la polarización de los pensamientos a una convergencia que no homogeneice?

Varias veces, el Papa Francisco ha invitado a los comunicadores a evitar los excesos de los eslóganes, que en lugar de poner en marcha el pensamiento lo anulan; y a recorrer el largo camino de la comprensión en lugar del corto que cree poder encontrar inmediatamente o bien a los salvadores de la Patria, capaces de resolver todos los problemas por sí mismos, o bien a chivos expiatorios sobre los que descargar toda la responsabilidad (Cf. en particular Discurso a los directivos, empleados y operadores de TV 2000, 15 de diciembre de 2014).

Ha advertido en repetidas ocasiones que no hay que fiarse de los que dicen las cosas a medias, porque desinforman con la coartada de informar, te impiden hacer un juicio certero sobre la realidad y te llevan a cometer errores.

Ha estigmatizado repetidamente la alternancia entre dos males opuestos que son igualmente dañinos: el alarmismo catastrófico y el desentendimiento consolador, el más grave de los cuales es la desinformación, porque te lleva al error, a la equivocación te lleva a creer sólo una parte de la verdad.

En su ensayo, Cristina Montoya propone una visión holística de la comunicación reconectando los hilos rotos de nuestro mundo, hiperconectado y fragmentado a la vez; donde la interacción

no sólo produce relación, sino cada vez más su contrario: el aislamiento; y donde el aumento de la información nos hace simultáneamente más seguros y más frágiles. La autora parte precisamente de la cuestión de la seguridad para subrayar la diferencia entre “cuidar” y controlar, someter, manipular; entre generar algo bueno y quedar atrapado en un proceso degenerativo. Nos previene contra la aparición en nuestras vidas del “gran Otro”, que nos vigila sin que lo sepamos; con la pretensión tácita de poder y esperar saberlo todo sobre nosotros, incluso más que nosotros mismos; con la ambición declarada de poder preverlo todo y eliminar lo inesperado; y con el argumento de que es por nuestro bien, por nuestra seguridad.

Llevándonos de la mano, Montoya nos muestra la debilidad de este pensamiento y la infinidad de paradojas de una época que, si bien puede proporcionarnos oportunidades casi ilimitadas de conocimiento, relación, inclusión y libertad, corre el riesgo de entregarnos nuevas formas de ignorancia, aislamiento, exclusión, esclavitud.

Al mostrarnos estas incoherencias, la autora nos acompaña en el camino de repensar el papel de una comunicación hecha para generar relaciones.

Algunos pasajes me llamaron especialmente la atención.

El primero se refiere al sentido del límite en una época que presume su inexistencia; como si la tecnología legitimara todo lo que está más allá. Una gran tentación. Una falsa verdad.

El segundo se refiere al falso dilema entre identidad y alteridad. Como si realmente tuviéramos que, para ser nosotros mismos, negar a los demás, y no exactamente lo contrario: redescubrirnos reflejándonos en el otro.

El tercero se refiere a la importancia de las palabras, al uso que hacemos de ellas distorsionando su significado y convirtiendo así la comunicación en malentendido, la memoria en olvido.

Pero el verdadero centro de este ensayo reside en la refutación del paradigma tecnocrático como fórmula de felicidad, y en la crítica a la teoría económica que reduce toda relación a una transacción, todo encuentro a la medición de la capacidad recíproca de consumo, todo diálogo a un monólogo, todo silencio a un vacío en lugar de a una plenitud, todo tiempo dedicado a la escucha a un tiempo perdido en lugar de ganado, todo diálogo a un riesgo a evitar.

Porque la felicidad no es una fórmula que resume los deseos individuales según el patrón: te muestro lo que quieres ver, te oculto lo que no quieres ver.

Desviados por el paradigma tecnológico, también podríamos pensar que una buena comunicación es una cuestión técnica, algorítmica, organizativa, incluso burocrática.

No lo es.

No es un algoritmo que debamos buscar.

El corazón del razonamiento de la autora está, pues, ... en el corazón de las personas, en el redescubrimiento de su necesidad de darse para realizarse, en la recuperación de la comunicación como construcción de una relación que ve más allá de la evidencia, que es dinámica, vital, abierta al cambio, a la conversión; generadora de cosas nuevas, “de acciones concretas, creativas, innovadoras ... en una red de relaciones, que nos une a todos”; “valiente precisamente por su capacidad de entrar a través del logos en ese mundo desconocido, que es precisamente el mundo del Otro”.

Como escribe Montoya, «la construcción de lazos, nexos y relaciones sociales sanas y armónicas, que hagan sostenible la vida humana y la del planeta, constituye el mayor reto y pregunta que queda abierta, incluso para la comunicación de nuestro tiempo».

Pero sólo en la verdad de las relaciones, en el paso de la autorrepresentación a la capacidad de ver al otro, percibimos la esencia de lo que somos, el excedente comunicativo que nos caracteriza; es

en la conciencia redescubierta de estar hechos el uno para el otro, que podemos comprender el valor de construir juntos un futuro mejor; es en la elección de dar, de darse, que podemos reencontrarnos. Y así encontrar incluso el camino más difícil pero más verdadero hacia la seguridad. El que se atreve al encuentro. El que renuncia a la desconfianza. El que genera la paz.

Doc. Paolo Ruffini  
Dicasterio para la Comunicación  
Prefecto  
00120 Città del Vaticano  
paolo.ruffini@spc.va